

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Catina (antigua local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 7 DE MARZO DE 1903

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes... pesetas 1

Fuera, trimestre... 3

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Núm. 880



A LA MEMORIA
DEL SEÑOR

DON IGNACIO MURCIA REYES

Que falleció el 25 de Octubre de 1902

R. I. P.

En sufragio de su alma estará mañana 8 de Marzo la Vela y Alumbrado a Jesús Sacramentado, y se dirán Misas desde las seis a la una en la Iglesia de San Juan de Dios, cantándose un solemne responso después de la Reserva.

SU VIUDA E HIJOS

SUPPLICAN a sus numerosos amigos y personas piadosas, que asistan a alguno de estos cultos religiosos y pidan a Dios por su alma, por lo cual recibirán especial favor.

Murcia 7 de Marzo de 1903.

Los Eminentísimos señores Nuncio de Su Santidad, Arzobispo, Obispos de Madrid, Sion, Avila y Coria, conceden 100, 80 y 40 días de Indulgencias, respectivamente, a todos los fieles de ambos sexos, por cada Misa que oyeren, Sagrada Comunión que aplicaren, parte de Rosario que rezaren o cualquier otro acto de piedad o de caridad que aplicasen en sufragio de dicho finado.

Crónica

Hasta en Belchite saben que el Tesoro español ha tenido, ¡al fin!, un *superavit* en los ingresos del Estado, gracias sean dadas al actual ministro de Hacienda cuya gestión financiera es con justicia generalmente aplaudida y ensalzada.

Pero como al que no está hecho a bragas las costuras le hacen llagas, según reza el refrán y ya es sabido que la vox populi es vox Dei—estamos, están diremos mejor, los que disponen del *superavit*, como el chico de la patrona cuando le compran zapatos nuevos: sin saber qué hacerse de él, en que invertirlo.

He ahí realmente un intrincado y difícilísimo problema. He ahí un escollo en que fácilmente se puede tropezar, un arrecife casi a nivel del agua en que es muy probable un encallamiento.

No son pocas las deudas del Estado; y precisamente por que no sabido que las pequeñas resultaría tal vez casi irrisoria la pretensión de atender a amortizarlas con el *superavit* obtenido en el último ejercicio económico.

También es justo hacer constar que la idea del Sr. Villaverde no va encaminada a ese objeto: empresa superior a las fuerzas metálicas de que actualmente se dispone.

Otras deben ser las miras del gobierno español, de la Hacienda Nacional.

Y esas pueden destinarse a atender al mejoramiento, a la perfección de los servicios públicos, y a la disminución de algunos de los tributos y gabelas que agobian el capital, el trabajo, las producciones, las utilidades, la agricultura, la industria, todas las manifestaciones de la vida de la Nación, pesando sobre ella con peso abrumador, imposibilitando su desenvolvimiento, esterilizando iniciativas y deseos que en condiciones más favorables pudieran fructificar prósperamente.

Ese *superavit* podía consentir un aumento en los presupuestos parciales; aumento con que se podrían dotar servicios importantísimos, en la actualidad raquíscamente sostenidos y crear algunos que se precisan en España,

como los tienen otras naciones que han caminado más aprisa que la nuestra hacia la prosperidad.

Indicar de los primeros y exponer de los segundos, fuera ahora trabajo ocioso; no hay necesidad de apuntárselos a quienes como el Sr. Villaverde habrán de fijo reparado en ellos. Y por tanto es más lógico esperar a conocer el presupuesto general del Estado para seguir aplaudiendo la labor del Ministro de Hacienda y sus colegas en el sentido financiero o para dolernos de que sigan con la arraigada pésima costumbre de atrancarse en la mitad del camino.

Teatro Romea

La de anoche fué la función de despedida de la compañía que dirige el notable actor Sr. Tuillier. De mala raza la obra que se representó.

La obra del más fecundo y excelente de los dramáticos contemporáneos, el ilustre Echegaray, obtuvo una interpretación en la que si algo puede tacharse no es seguramente en el desempeño que de los papeles de Carlos y Adelina hicieron Tuillier y la Sra. Ferri.

Todas las dificultades de que ambos papeles están crissados fueron salvadas con singular acierto por la distinguida actriz y con indiscutible maestría por el brillante actor, haciendo llegar al público en creciente interés hasta la escena final, de conmovedora fuerza dramática, dicha con mucha inteligencia y verdadero amor.

Al final de los dos primeros actos se levantó el telón a instancias del público aplauso que al término de la obra fué nutrido y caluroso como manifestación de sincero agrado por la representación exmerada de *De mala raza* y como cariñoso tributo de despedida a los actores.

El Sr. Tuillier, obtuvo plácemes, además, en varias escenas donde puso toda su alma y talento artísticos.

Para final púsose el juguete cómico de Estremera *«La cuerda floja»*, que gustó mucho por la gracia de su enredo y situaciones cómicas. Fué bien representado por la Sra. Anaya, Sres. La Riva, Torner, Díaz y Torrent, y las Sras. López Carro, Díaz y Sánchez Albendín, tan simpáticas como bonitas las tres.

El teatro estuvo muy concurrido.

Se asegura que para Pascua de Resurrección, actuará en Romea una compañía de Opera.

Haga el Empresario, en cooperación con el que todo lo puede, que cuaje la idea, para bien de los aficionados al divino arte, que tan pocas ocasiones tienen en Murcia, de oír música.

Bocadillos

Por... lo que sea

Nuestro colega *«La Verdad»* en su número de ayer, dice que aunque esperaba que se le diera clasificación política, nunca creyó que sus presentimientos se viesen cumplidos tan pronto; y afirma, seguidamente, que *«El Correo de Levante»* le tacha de carlista.

Con este motivo hace *«La Verdad»* nuevas protestas de su significación exclusivamente católica; manifestando que sigue las inspiraciones del Papa y del Prelado de esta Diócesis. Pues si solo había de seguir tan elevadas inspiraciones ¿por qué sus presentimientos de que sería tachado de político? ¿Son acaso carlistas, conservadores o liberales el Papa y nuestro Prelado?

En cuanto a la clasificación política dada al colega de referencia, *«El Correo de Levante»* no tachó de nada a *«La Verdad»*. No hizo otra cosa que invitarle a que expresara con claridad su verdadera significación, y esto en vista de las marcadas tendencias políticas que se manifestaban en algunos de los artículos publicados en el dicho compañero.

En su número de anoche (y esto dicho sea entre paréntesis) aparece el siguiente anuncio, que ningún otro colega, a excepción de *«El Diario»*, lo publica y éste lo hace de manera muy diferente.

Dice así:

«Por acuerdo de la Junta Provincial Carlista de esta ciudad, tendrá lugar el día 10 de los corrientes a las nueve de su mañana, en la iglesia parroquial de Santa Catalina, solemne funeral en sufragio de los soldados muertos en nuestras contiendas civiles.»

«La Junta invita para estos actos a sus correligionarios y a todos los fieles que no se olvidan de sus hermanos.»

Añade el referido colega, que mientras nada le adviertan dichos elevados jerarcas eclesiásticos, seguirá como hasta hoy... El Papa está muy lejos de aquí y el Obispo lo está también bastante, para que se ocupen de que semejante diario eclesiástico existe en el mundo. Así es que lo que debe hacer *«La Verdad»* es inspirarse en el programa ofrecido, cumpliendo en conciencia, despojándose de pasiones que pugnan con los elevados fines de la hermosa religión cristiana.

Por lo demás, no dudamos ese catolicismo del estimado compañero nuestro, porque vemos que sus redactoras y hasta sus cajistas tienen muy presentes los atributos de nuestra Santa Madre Iglesia; como lo prueba el siguiente párrafo, extractado del artículo que en el número de ayer de *«La Verdad»* aparece con el título de *«Educación»*, y que dice: «...de unas noches que resultan calladas y tristes, porque carecen de las serenatas andaluzas y de las medallas aragonesas».

Allí donde dice «medallas» ha leído sumisticismo «medallas».

Después de todo, no falta a la verdad, porque aquí somos todos católicos y sabemos que las medallas sean o no aragonesas pueden hacer menos pavorosas y hasta disipar las tinieblas de la noche, sobre todo si ostentan las imágenes de Santa Lucía, San Lucindo, la Virgen de la Luz o de la Buena Estrella.

El bachiller BUENAVISTA

Un cuento diario

Genio y figura

El triunfo del autor iba siendo evidente. Pero un triunfo de sumisión, que tenía algo de espantoso, como el del domador en la jaula de las fieras. La platea parecía contener una sola alma anhelosa y vencida, que quitaba a los cuerpos la sensación de ahogo en aquel aire de polvillo de luz, impregnado de sudor y esencias, a cuyo través y contrastando con la obscura é informe aglomeración de cabezas en el patio y los anfiteatros, se veían los escotes y los trajes claros de los palcos en las explosiones brillantes de las cornucopias eléctricas, llenos de flores y destellos, con abanicos que los brazos desnudos movían en silencio como guirnalda de mariposas.

En uno de ellos, en el segundo palco de la izquierda, con sus padres y su prima Berta, la burlona irresistible, estaba Angeles, la novia del autor, vestida de celeste, admirablemente peinada, con un *esprit* de plumas y una flecha de brillantes en el negro pelo, quizás demasiado rojos los labios y demasiado pintadas las ojeras en su carrilla ideal de caprichosa, blanca como el cuello, de esa blancura de leche de velutina. Callada y absorta, con una contracción nerviosa de triunfo en los labios, era, sin embargo, la única que no llevaba la ilación del drama. El codo, de guante blanco, en la balastrada grana; el abanico en la barba, y la cabeza medio vuelta hacia la sala, donde seguía en una voluptuosa aspiración los estremecimientos del público, observándole, recogiendo sus latidos, que acentuaban la expresión singular, un poco diabólica, de su sonrisa. De cuando en cuando flameaba en sus dormidos ojos de gata un relámpago de satisfacción; era que sorprendía unos gemelos mirándose; los pocos iniciados que asistían al teatro habían extendido la noticia de que allí estaba la novia del nuevo autor, y la noticia rodaba de butaca a butaca, de palco a palco, y Angeles la seguía en su zig-zag, y empezaba a sentirse heroína disimulada de la fiesta, flechada por aquellos anteojos, a los que se guiaba la curiosidad desde cada hermosura del drama, los contenía en arrebos de contemplación su propia soberana belleza.

De pronto se produjo un murmullo profundo de pasiones removidas. La da-

ma, con su lujo de reina, desde lo alto de su gran celebridad artística, acababa de llamar «estúpida» a las mojigatas burguesas que habían pretendido burlarse de su libertad. Era la mujer del porvenir, triunfante. Estalló un aplauso, el primero de la noche, enérgico y nervioso, pero lo cortó un siseo lleno de imperio. Fué un paréntesis de la atención, y muchos gemelos se dirigieron hacia Angeles; con más descaro que ninguno, el de un oficial de la Princesa, allá enfrente, desde el palco del *Veloz*, guapo, arrogante, con su peliza blanca de pieles negras y cordones dorados. Estaba de pie, detrás de las sillas ocupadas por unos caballeros calvos de gran pechera reluciente, y no miraba sino de tarde en tarde al escenario, inclinándose sobre la baranda.

¡Oh! ¡El *Veloz*!... Ese palco cuyas miradas suelen consagrar en los teatros la fama o la hermosura a moda. También Angeles solicitaba su interés, gracias a la actualidad que venía a prestarla aquella noche el éxito ya indudable de su novio. Cogió sus gemelos, miró a cualquier parte, al oficial luego, que la tenía clavada con los suyos, y los abandonó en la falda de la prima Berta, que dijo entre maliciosa y burlona:

—Te conquista el húsar.

Siguio la representación. Angeles, con los ojos abiertos sobre la escena, no atendía. Recordaba la época en que, meses atrás, conoció a Ricardo entre las brisas y alegrías del Sardinero. Una crónica melosa, con su nombre entre flores, un deseo de pagar en sonrisas al correspondiente, un afán de monopolizar sus elogios en letras de molde, y a los ocho días, sin saber cómo, se encontró novia de Ricardo, a pesar de sus corbatas arcaicas y de su figurilla insignificante. Pero le quería, le quería sobre todo desde que el papá de Angeles, fundándose en la precaria situación del joven, se opuso a las relaciones.

¡Ah! pero este estreno, esta victoria, que cada vez más claro advertiase en la ansiedad del público, ganaba también al padre de la novia, que aplaudía con cariñoso entusiasmo, como si estuviera presenciando allí el azar que haría entrar a Ricardo en su familia. El mismo había deseado asistir con su hija, porque tanto habían dicho del drama los periódicos, que empezó a sospechar que su autor fuese, no solo un hombre de talento, sino de porvenir.

Un frenético ¡bien! y un palmoteo que convirtió instantáneamente el público entero en tempestad cerrada de aplausos y aclamaciones, volvió a Angeles de su ensimismamiento. El telón caía. «¡Bravo! ¡bravo!» se oía gritar, y entre las voces trémulas que pedían al autor y el nutrido resonar de las palmas; que daban al teatro una apariencia extraña de manos que se movían por todas partes, pudo ver Angeles que desde muchos palcos se le asestaban gemelos, brillando delante de los ojos de mujeres elegantísimas. También los del *Veloz* la enfocaban como una batería formidable, los de aquellos señores calvos de blanquísima pechera, los del húsar, arrogante, con su rubio bigote a la borgoñona y su peliza de cordones de oro....

Angeles, roja de emoción, ahogándose en el ruido de aquel aplaudir frenético, resonante en su oído como una granizada de perlas, con la nariz por la delicia dilatada en su carrilla ideal de caprichosa, sintió un vacío en las sienes cuando bajo el telón, a medio levantar, apareció un cómic y le arrojó al palco, a modo de homenaje, el nombre de su novio, lo cual arreció la tormenta de entusiasmo con un griterío imperativo y tremendo de «¡El autor! ¡el autor! ¡Que salga!» La prima Berta la contemplaba con envidia.

«¡Que salga! ¡que salga!»

Volvieron a brillar sobre el telón las luces del proscenio, y empezó aquel a subir lentamente. La escena apareció desierta, deslumbradora. ¡Oh, iba a verle allí, en la apoteosis de la multitud electrizada, en la claridad de gloria de las luces invisibles de las bambalinas, ofreciéndole la ovación con enamorada sonrisa! ¡Cuánto le quería!

La dama, aquella actriz rubia y espléndida, hermosa como una reina de cuentos, y un actor a quien el frac daba elegancia aparatosa, tiraban del autor, que al fin asomó por el foro entre aquéllos, vistiendo una levitilla antigua, pálido, con el asombro en los ojos y el pelo y el bigote como erizados. Junto a las graciosas reverencias de sus compañeros, las del pobre autor, muy serio y azorado, resultaban verdaderamente ridículas.

Angeles oyó decir en el palco inmediato: «¡Qué feo!, y la burlona Berta, la segunda vez que se alzó el telón, le comparó con un ratón salido de una jofaina. En esto, al desaparecer el autor de espaldas al fondo, tropezó con un mueble, y